



# La culpa del kaiser

Por MIGUEL DE UNAMUNO

(PARA LA NACION)

SALAMACA, julio de 1919

Hay gentes a quienes les apasiona, en un sentido o en el contrario, eso de que se procese y someta a juicio al que fué kaiser germánico, Guillermo II Hohenzollern, pero hay que reconocer que los más miran ese propósito con bastante indiferencia y a lo sumo esperan de su ejecución, si se lleva a cabo, no más que una fuente de distracciones, un espectáculo. Nosotros creemos, sin embargo, que ese proceso, bien llevado, podría constituir para la historia de la civilización algo más importante aun que la brutalidad de la guerra.

Donde se discute más eso del proceso del kaiser es en Inglaterra, donde hay gentes que estiman, y con razón, que no debe ello convertirse en un espectáculo. Sería, en efecto, lastimoso que se convirtiese a Guillermo en un «Ecce-Homo», de lo que se satisfaría no poco su radical vanidad.

En el semanario liberal inglés «The Nation», del día 12 de este mes de julio, y en un artículo dedicado al proyecto de enjuiciar en Londres al kaiser, leemos esto: «¿Y por qué ha de ser juzgado el ex kaiser? ¿Por hacer la guerra? No, sino por hacer la guerra y perderla. Si Alemania hubiera ganado y hubiera habido un Lloyd George alemán, el poder de someter a un proceso a la cabeza del estado derrotado habríase transferido de Londres a Berlín.»

Pues bien, vamos a decirlo, por nuestra parte claro, al kaiser se le debe encausar y juzgar no por haber hecho la guerra sino por haberla perdido. Su culpa es haberla perdido. Su culpa, y no contra su patria sino contra la humanidad, es no haber obtenido la victoria. Y nos vamos a explicar.

Una guerra, cualquiera que ella sea, cuando no es defensiva, estrictamente defensiva, es un crimen de lesa humanidad, pero aun podría excusarse: la proclamación de una guerra y su provocación—hay crímenes excusables—pero sólo en el caso de tener certidumbre, perfecta y absoluta certidumbre de la victoria. El que se ve atacado no tiene más remedio que defenderse y se defiende aún estando cierto de salir derrotado y aún hay muchas veces que se debe ceder.

El kaiser que provocó la guerra no debió haberla provocado sino en la seguridad de una victoria, y de una victoria rápida y lo menos costosa y dañosa posible. «¡Es que tenía esa seguridad!»—se nos dirá. A lo que contestaremos: «Exactamente y en eso, en esa seguridad, estriba la culpa del kaiser y de su pueblo todo.» La fe del pueblo alemán,—el pueblo del libre examen!!!—en la infalibilidad científica—¡oh la ciencia alemana!—del estado mayor de su ejército, esa fe ha sido la culpa mayor de ese pueblo. Era una fe ciega—como la fe científica lo es—impropia del pueblo de las dos inmóviles críticas de Kant, era una fe anticristica, era no ya una fe luterana, sino jesuítica.

La fe según Lutero no es, como ya se sabe, un acto eminentemente intelectual, no es la mera adhesión de la mente a un dogma, a un principio abstracto, sino que es un acto de confianza, de «fiducia», aun abandonarse a los méritos de Cristo que nos justifica. La fe jesuítica o más bien iniguiana, es algo más intelectual y culmina en

la obediencia ciega, en la obediencia de juicio o de entendimiento.

Inigo de Loyola, el fundador de la Compañía de Jesús, el espíritu más opuesto—no sabemos por qué—al espíritu germánico, según el Dr. David Müller, autor de la «Historia del pueblo alemán» que más se usaba en las gimnasias de Alemania. Inigo de Loyola en la famosísima carta que en 26 de marzo de 1553 dirigió a los padres y hermanos de la Compañía de Jesús de Portugal, define los tres grados de obediencia: obediencia de ejecución, obediencia de voluntad y obediencia de entendimiento. Esta última consiste en conformar, no sólo el querer, sino el sentir, o sea el juicio, con el del superior, en creer que lo que manda el superior es lo más acertado. Consiste en someter la inteligencia y es la obediencia ciega. No es aquello de «cuando el superior lo manda él sabrá por qué», es más aun, es: «cuando el superior lo manda es que ello es lo más razonable.»

Digamos aquí de paso, y por vía de paréntesis, que Loyola recuerda en su carta lo que refiere Casiano del Abad Juan que obedecía a regar durante un año un palo seco, sin mirar, si ello era útil o inútil, y hagamos notar a esto que como ni el mandón ni el mandado en este caso creían que el palo seco regado echaría raíces y ramas sino que uno y otro sabían que el mantenimiento se hacía no más que formalmente y por modo de prueba de obediencia, no había obediencia alguna de juicio reduciéndose todo ello a juego monástico y deporte ascético. Que es a lo que se suelen reducir esos ejercicios espirituales, sean frailes, jesuíticos o... militares.

Pues bueno, la obediencia alemana a sus autoridades, sobre todo a los militares, ha sido una obediencia no luterana, sino iniguiana, jesuítica, anticristica. Cuando aquellos 82 intelectuales afirmaron rotundamente y bajo la fe en las autoridades militares no ser ciertos hechos de que no fueron testigos—¡y eran hombres de ciencia!—lo hicieron convencidos de la victoria alemana y atentos al principio de aquel inhumano y monstruoso von der Goltz que decía que la historia la escribe el vencedor y que la victoria lo borra todo.

Se dice ahora que los alemanes hacían la guerra sin odio, que no odiaban. ¡Peor que peor! Con odio podría excusarse el inútil bombardeo de la catedral de Reims. Y si la barbarie científica o científicada es la peor de todas, es porque le falta odio y le sobran petulancia y pedantería. El convertir a los hombres y a los pueblos en conejillos de Indias o en ranas de fisiólogo, es lo más odioso que cabe y tanto más odioso cuanto con menos odio se haga. Ni por otra parte odia el gavilán a la paloma ni el lobo a la oveja.

Hay que leer atentamente las censuras que han dirigido a su propio pueblo muchos de los alemanes más conspicuos, entre los que más Heine, Schopenhauer y Nietzsche. En el fondo de todas esas censuras late una fe ciega en la fuerza y hasta en la infalibilidad de su pueblo. Todos ellos suscribirían la famosa frase de Treitschke (política § 6) de que el alemán es un héroe nato, «ein geborener Held»—que cree que ha de abrirse paso por la vida. Si, un héroe de credulidad, lo que para nosotros, los de espíritu latino, equivale a un héroe de simpleza y de acriticismo.

Ernesto Renán, maestro de sano escepticismo, el que dijo que lo único que no educa es el cuartel—educa mal, que es peor—en su ensayo «La guerra entre Francia y Alemania»—publicado en el número de la «Revue des Deux Mondes» del 15 de septiembre de 1870—escribía: «Una de las cuestiones que un espíritu curioso se plantea lo más a menudo reflexionando sobre la historia contemporánea, es la de saber si el Sr. de Bismarck es filósofo, si ve la vanidad de lo que hace mientras trabaja con ardor en ello—«tout en y travaillant avec ardeur»—o bien si es un creyente en política, si se deja engañar por su obra—«s'il est dupe de son oeuvre»—cómo todos los espíritus absolutos y no ve su ceguera. Me inclino hacia la primera hipótesis, porque me parece difícil que un espíritu tan completo no sea crítico y no cida en su acción más ardiente los límites y el lado débil de sus designios.»

Por nuestra parte propendemos a creer que Bismarck no era muy filósofo en el sentido renaniano, que era más bien un científicista al modo de su compatriota el pedantesco y antifilosófico Carlos Marx, pues Bismarck fué el apóstol de aquella pedantería jesuítica que se llama «Real politik», política realista. Procedía de Maquiavelo, que era un hombre de fe ciega, jesuítica, en la vlieza de los hombres y en la eficacia de la «virtú», de la astucia servida por la fuerza.

Todos los realistas en ese sentido, todos los materialistas—recuérdese lo de la concepción materialista de la historia del pedante científicista Marx—todos los científicistas son hombres de fe ciega y de obediencia de juicio. Rinden su entendimiento a una autoridad científica y creen ciegamente en la estadística y en otras cosas así. Los idealistas, por su parte, son escepticos. O si queréis los escepticos son idealistas. Tenemos motivos para creer que el esforzado caballero Nuestro Señor Don Quijote, espejo y flor de idealismo, no estaba muy seguro de que los molinos de viento no fueran molinos y sí gigantes, a pesar de lo cual los acometió con todo brío y peligró de su vida. El que lee nuestra «Vida de Don Quijote y Sancho» verá cómo nuestro caballero no se engañaba respecto a su locura y sabía distinguir entre la realidad que era y la idealidad que él quería que fuese y como si fuese obraba. Un Don Quijote alemán, si cupiera tal absurdo, habría escrito un grueso tomo demostrando cómo los molinos de viento son gigantes y se habría estado quieto en su casa hasta que sus superiores le hubiesen llamado a hacer cualquier barbaridad.

Repárese ahora la colección de los discursos y arengas de Guillermo II y se verá cuál fué su culpa. Su culpa fué la de haber enseñado a su pueblo, crédulo e infilosófico, que él, su kaiser, era el ungido de Gott o más bien Gott, el buen viejo Dios alemán, su representante en el cielo y el que en nombre suyo, del kaiser, y por su delegación administraba el ministerio de la providencia; la culpa de su pueblo fué creer de tal modo en la omnisciencia y la infalibilidad de sus técnicos que delegaron en ellos la función de pensar políticamente; la culpa mayor del pueblo alemán ha sido acaso su superstición científicista y tecnicista. Esta superstición haciéndole creer en su superioridad técnica para la guerra, le llevó a ésta seguro de ganarla y de ganarla pronto y a poca costa y poco daño y más contra los ligeros y superficiales y aturdidos franceses. Y he aquí como la culpa mayor del kaiser y del pueblo, de que él ha sido la encarnación e imagen, es haber perdido la guerra. El que habiéndose creído infalible se equivoca, no tiene perdón ni de Dios ni de los hombres. Hay que ser filósofo a la manera que lo entendía Renán.